

“La conciliación no existe y las madres lo sabemos”: los malabarismos de las madres trabajadoras durante el Covid-19

ANA LUCÍA HERNÁNDEZ CORDERO
Universidad de Zaragoza, Zaragoza, España.
acordero@unizar.es

PAULA GONZÁLEZ GRANADOS
Universidad de Zaragoza, Zaragoza, España.
pgg@unizar.es

DOI 10.11606/issn.2316-9133.v29isuplp114-123

resumen Criar, educar, atender y cuidar a niños menores es una tarea que exige mucha dedicación y tiempo. Hacerlo en un periodo de crisis sanitaria como la del Covid-19 y al mismo tiempo tele-trabajar, se ha convertido en una hazaña para muchas madres. En este texto queremos compartir, en clave auto-etnográfica, la experiencia que estamos viviendo como madres trabajadoras durante el Coronavirus. Las semanas de confinamiento nos han confirmado las dificultades que tenemos las familias para hacer compatibles las dinámicas del trabajo asalariado con los cuidados. En más de 10 semanas de encierro, han variado nuestras emociones ante la atención infantil, el mantenimiento del hogar y el tele-trabajo. Estas vivencias, tal vez tan personales, al mismo tiempo son el reflejo de un modelo insostenible de conciliación, basado en arreglos individuales, precarios e injustos que las familias van ajustando, dependiendo de sus posibilidades, sociales y económicas. Nuestra experiencia coincide con todas aquellas denuncias de cómo la pandemia ha multiplicado el trabajo de cuidados, y cómo esa desigualdad en la responsabilidad de la crianza afecta a nivel emocional, físico y social, y de manera contundente nuestra posición en el mercado de trabajo.

palabras clave Maternidad. Crianza infantil. Tele-trabajo. Pandemia. Desigualdad.

“Conciliation does not exist, and mothers know it”: The juggling of working mothers during Covid-19

abstract Raising, educating, and caring for young children are a task that requires a lot of dedication and time. Doing it in a period of health crisis like the Covid-19 and at the

same time doing home office, has become a feat for many mothers. In this text we want to share, in an auto-ethnographic key, the experience that we are living as working mothers during the Coronavirus. The weeks of confinement have confirmed to us the difficulties we families have in making the dynamics of paid work compatible with care. In more than 10 weeks of confinement, our emotions regarding childcare, home maintenance and work-at-home have varied. These experiences, perhaps so personal, at the same time are the reflection of an unsustainable model of conciliation, based on individual, precarious and unjust arrangements that families are adjusting depending on their possibilities, social and economic. Our experience coincides with all those complaints of how the pandemic has multiplied care work, this inequality in the responsibility of upbringing affects emotionally, physically, and socially, and forcefully our position in the labor market.

Keywords Motherhood. Child rearing. Working-at-home. Pandemic. Inequality.

“A conciliação não existe e as mães sabem disso”: O malabarismo de mães que trabalham durante o Covid-19

resumo Criar, educar, cuidar de crianças pequenas é uma tarefa que exige muita dedicação e tempo. Fazer isso em um período de crise de saúde como o Covid-19, ao mesmo tempo teletrabalhar, tornou-se um feito para muitas mães. Neste texto, queremos compartilhar, em uma chave auto-etnográfica, a experiência que vivemos como mães que trabalham durante o Coronavírus. As semanas de confinamento confirmaram para nós as dificuldades que nós, famílias, temos em compatibilizar a dinâmica do trabalho remunerado com o cuidado. Em mais de 10 semanas de confinamento, nossas emoções em relação aos cuidados com os filhos, manutenção da casa e teletrabalho variaram. Essas experiências, talvez tão pessoais, são ao mesmo tempo o reflexo de um modelo insustentável de conciliação, baseado em arranjos individuais, precários e injustos que as famílias estão ajustando, dependendo de suas possibilidades, sociais e econômicas. Nossa experiência coincide com todas as queixas de como a pandemia multiplicou o atendimento e de como essa desigualdade na responsabilidade da educação afeta emocionalmente, física e socialmente e com força nossa posição no mercado de trabalho.

palavras-chave Maternidade. Educação infantil. Trabalho remoto. Pandemia, desigualdade.

Introducción: De un día para otro, todo cambió

Este texto lo escribimos a dos voces. Cada una tiene un tipo de familia distinto, pero coincidimos en muchas cosas: somos profesoras universitarias, antropólogas, madres de niños pequeños y hemos vivido el periodo de confinamiento con mucha dificultad y sobre todo, con una recarga de trabajo de cuidados que antes estaba medianamente organizado.

Como hemos dicho, partimos de realidades diferentes: una de nosotras es española, con un niño de 6 años y liderando un hogar monoparental. La familia extensa vive en la misma ciudad, pero el padre del menor vive en otra provincia. La otra es extranjera, con

pareja, también extranjero, un niño de 3 años y una red social relativamente pobre y sin familia en la ciudad. Estos son nuestros puntos de partida y desde estos lugares nos hemos decidido a reflexionar sobre la vivencia de las madres trabajadoras en tiempos del Coronavirus.

Estas reflexiones las escribimos durante las noches y madrugadas en estas semanas de confinamiento, entre los meses de marzo a mayo. Nuestro trabajo en la academia nos obliga a trabajar hasta altas horas de la noche en momentos puntuales, pero durante este período, lo eventual se ha hecho la norma. Este texto surge entre preparación e impartición de sesiones de clase online, revisión de trabajos y exámenes, concursos de oposición, reuniones virtuales de trabajo y la organización de todas nuestras tareas de cuidados que nos exige una implicación material, corporal, y emocional, muchas veces superior a nuestras fuerzas.

Las semanas de confinamiento nos han confirmado las dificultades que tenemos las madres, para hacer compatibles las dinámicas del trabajo asalariado con los cuidados. En más de 10 semanas de encierro, han variado nuestras emociones ante la atención infantil, el mantenimiento del hogar y el trabajo. Estas vivencias, tal vez tan personales, al mismo tiempo son reflejo de un modelo insostenible de conciliación que compartimos con otras familias, basado en arreglos individuales, precarios e injustos, que cada uno van ajustando, dependiendo de sus posibilidades sociales y económicas.

Nuestra experiencia, además, coincide con todas aquellas denuncias de cómo la pandemia ha multiplicado el trabajo de cuidados, y cómo persiste una desigualdad en la responsabilidad de la crianza, que nos afecta a nivel emocional, físico, social y, de manera contundente, nuestra posición en el mercado de trabajo (COMAS, 2019). Actualmente el foco de la investigación en cuestiones de parentesco debería estar en cómo las familias se adaptan al cambio social, los retos que encaran en la vida cotidiana y cómo lidian con ello (CHACON; BESTARD, 2011), y esta ocasión es especialmente interesante para analizar la imposible conciliación desde nuestras propias vivencias.

En clave auto-etnográfica (BLANCO, 2012) nuestras voces se mezclan con reflexiones críticas y teóricas de otras madres, muchas de ellas también académicas. Por ello, proponemos una dinámica que se mueve entre lo colectivo y lo particular, desde la experiencia personal y maternal de cada una de nosotras y de nuestros hijos, que hoy más que nunca se posicionan como un eje articulador de nuestras vidas. ¿Es esto una proyección? sin lugar a dudas, sí. Ellos han sido el hilo conductor de estas semanas. Aunque nuestros deseos han sido siempre resignificar aquel modelo tan intenso de maternidad que Sharon Hays denunció el 1998, la organización social del cuidado, la organización del mundo laboral, la fallida política de conciliación y los tradicionales roles de género hoy más que nunca insisten en ese mandato social tan contradictorio del hecho de ser madres: los queremos y mucho... pero la sociedad nos empuja a quererlos incluso por sobre todo lo demás, incluyéndonos a nosotras mismas. Como expresan Blázquez y Montes (2010) hay un consenso social por el cual la maternidad está irremediabilmente unida a conceptos como

amor y dedicación, pero otras emociones como la ansiedad, la hostilidad, la inseguridad o la preocupación son negadas.

Cuidar y después... cuidar, a pesar de todo

En España, como en el resto del mundo, el Covid-19 ha desencadenado una crisis sanitaria, económica y social que ha afectado a todos los niveles de la vida. Independientemente de las formas en las que cada familia ha organizado la atención de los niños y niñas, esta crisis ha supuesto una sobrecarga para las madres trabajadoras. Ser madre durante este encierro prolongado, tele-trabajando y con una exigencia de atención propias de los niños pequeños nos ha desbordado. Los menores exigen nuestra atención, la necesitan, cada día escuchamos por lo menos 400 veces “mira mamá, pero de verdad, mírame”; “acompañame”; “escúchame”; “quédate a mi lado”; ...

El confinamiento nos llegó de sorpresa, habíamos seguido de cerca las noticias de Italia y nos preocupaba la situación española, pero nunca dimensionamos lo que iba a suceder. Diego no había cumplido los tres años y no entendía lo que estaba pasando. Sabía que no podía salir de casa porque afuera había una “enfermedad” y por eso de un día para otro dejó de ir a la guardería, ver a sus amigos, jugar en el parque. Por esa misma razón, el día de su cumpleaños recibió muchas videollamadas, pero ninguna visita. Explicarle esta situación a un niño tan pequeño ha sido todo un reto, no estoy segura de haberlo manejado bien. Después de 3 o 4 semanas todo se hacía cuesta arriba: el trabajo no se detuvo y hacer sesiones de clase al lado de un niño tan pequeño no ha sido nada fácil.

Cuando llegó el confinamiento faltaban unos pocos días para que Jan se fuera con su padre a pasar una semana a la localidad en la que vive. Yo lo tenía todo preparado para aprovechar esos días y trabajar dentro y fuera de casa. Pero todo se truncó y los primeros días los viví con bastante ansiedad por no saber cómo podría organizarme estando confinada al cargo de un niño de 6 años. Afortunadamente él ya tiene una edad en la que podemos hablar, negociar y en la que ha podido entender la situación, pero también es pequeño y requiere todavía de mucha atención y cuidados. Afortunadamente he podido hablar semanalmente con una psicóloga de la asociación Amasol¹ que ha podido ofrecerme un refuerzo y hacerme sentir más comprendida y apoyada.

Quedarse en casa tensiona aquellas fronteras entre los cuidados y las responsabilidades laborales que hasta entonces las teníamos perfectamente delimitadas, aunque también malamente organizadas (PAZOS, 2015). Estamos más tiempo en casa y por ende debemos dedicar más tiempo a su manutención, ensuciamos más, cocinamos más y nuestros niños exigen más nuestra atención. Además, este encierro ha aumentado las dificultades con los menores en todo sentido: para comer, para dormir, para vestirse, para obedecer... en estas semanas de confinamiento casi todo es difícil con ellos y para ellos. El enojo, la tristeza y la alegría cambian minuto a minuto con una facilidad apabullante. Todo

¹ Asociación de Madres Solas (Zaragoza, España)

ese cóctel de emociones se mezcla, sin lugar a duda, con la incertidumbre, el agobio, las presiones y preocupaciones que tenemos en torno al futuro inmediato: incierto y confuso.

Si para una familia formada por dos personas adultas la conciliación es ya difícil, para una familia donde solo hay una, es insostenible. Hemos salido adelante, porque los problemas de conciliación ya los tenemos tristemente asumidos. Además del cierre de colegios hay que pensar en la imposibilidad de echar mano de los abuelos, que en mi caso han sido clave para poder salir adelante durante estos años. Por eso hemos debido hablar mucho mi hijo y yo para que entienda lo que supone mi trabajo (tanto de cuidados como de la universidad) e incluso hemos pensado sobre lo injusta que es esta sociedad que nos carga de tal forma sin posibilidad de encontrar una salida.

Desde que Diego nació, hemos intentado organizar un reparto equilibrado para atender toda la gestión que supone un hogar. Mi pareja cocina, se encarga de lavar ropa, hace la compra y limpia. Sin embargo, cuando se trata de los cuidados infantiles la balanza ha caído hacia mí. Este reparto desigual se ha mantenido y se ha agudizado en estos meses. Desde el estado de alarma, Diego siempre quiere estar conmigo: jugar, comer, lavarse los dientes, cocinar y trabajar, siempre cerquita. Aunque su padre insiste en pasar tiempo juntos, él prefiere esta con mamá.



Foto 1. Cuando el salón se convierte en un parque de diversiones. Autora: Paula González (2020).

En el retorno a “la nueva normalidad” la conciliación no existe

Desde el inicio del Coronavirus la conciliación es inexistente. Nos debatimos entre esas exigencias laborales, nuestras obligaciones parentales (MILLS, 2015) y el deseo de pasar tiempo con nuestros hijos sin agobios, disfrutando cada una de las etapas que viven. Para las familias, los efectos del Covid-19 están siendo devastadores. Para algunas, la pérdida de empleos o la reducción de jornadas ha mermado sus ingresos. Para otras, tal vez, las más “afortunadas” nos ha tocado llevarnos el trabajo a casa, así hemos entrado en una espiral de adaptación de nuestras tareas presenciales y flexibilización horaria, todo ello en un marco de expectativas irreales de mantenimiento de nuestras anteriores dinámicas laborales. La declaración del estado de alarma supuso la inmovilización de una proporción de la población, pero no de la producción. Algunos sectores del mercado laboral se han empeñado en mantener los niveles de productividad, aunque para ello se trastocaran todas las dinámicas familiares de cuidado y auto-cuidado.

En la universidad, la dinámica del tele-trabajo se asumió desde el primer momento, se ha mantenido y se perfila dentro de esa nueva normalidad anunciada. La pandemia ha supuesto apenas algunas modificaciones en el mundo científico, pero poco significativas. En este contexto, está saliendo a la luz la absoluta insostenibilidad de ese sistema académico que se perfila incompatible con la atención a personas dependientes. Alessandra Minello, en su artículo “The pandemic and the female academic” (2020), ha planteado que para las madres es imposible conciliar el trabajo académico con el cuidado de menores y ahora la cuenta es mucho más empinada. Esto es porque seguimos siendo las principales encargadas del cuidado de los menores. Aunque los padres también están dentro de esta dinámica de incompatibilidad y desventaja, seguimos siendo las madres quienes estamos cargando en nuestros hombros la mayor parte del trabajo de cuidado. Ahora aumentado y sin opciones viables para delegar.

En las últimas semanas, entre abril y mayo, muchas científicas de diferentes disciplinas están escribiendo artículos de opinión sobre el trabajo científico, la maternidad y el Covid. Por ejemplo, en estos meses el envío de artículos a revistas de alto impacto firmados por mujeres ha disminuido, “curiosamente” no ha sucedido con los de los hombres, por el contrario, han aumentado (FAZACKERLEY, 2020). Esto es sintomático de cómo aquella tradicional división sexual del trabajo (RUBIN, 1986) emerge con fuerza en estos tiempos.

Diego entiende perfectamente que su padre debe trabajar, tener reuniones, dedicarse a escribir o hacer sus sesiones de clase, pero no le pasa lo mismo conmigo. Me dice que debo jugar con él... y cuando tengo que trabajar está siempre a mi lado. Cuando estoy con mis sesiones de clase o reuniones llora cinco minutos antes de empezar porque insiste en estar conmigo, aun cuando su padre hace lo que puede para explicarle y entretenerle, muchas veces con la ayuda de la televisión. Aquella separación entre el trabajo remunerado y los cuidados que conseguía con la guardería o las niñeras es imposible en estas circunstancias. Esto repercute en que ese trabajo de cuidado ocupe la mayor parte de mi jornada diurna, dejando para la jornada nocturna todo lo demás...

A Jan no le ha quedado otra que entender eso de las “reuniones” de mamá, las llamadas con compañeras o todo lo que conlleva el trabajo académico (concursos, artículos, proyectos, etc). Ha estado frente a las pantallas mucho más de lo que quisiera, pero no nos ha quedado otra. Al principio me tomé como algo bueno las tareas que mandan del colegio, pero luego me di cuenta que eran otra carga más, trabajo de cuidado que en estas circunstancias ha hecho todo más difícil. En estas semanas, igual que antes, hemos afrontado las situaciones tal como han venido, pero no han faltado enfados, lloros, llamadas de atención y mucho esfuerzo para mantener la armonía en casa. No se trata solo del enorme esfuerzo físico que conlleva toda esta situación, es también una cuestión de bienestar y equilibrio mental que no siempre es fácil de conseguir.

En estas condiciones, las madres (y los padres) no conciliamos. La realidad es que estamos trabajando todo el día en los cuidados, atendiendo la casa, tele-trabajando cuando es necesario, pero también dejando para la noche todo aquello que “puede esperar” o que necesita de un mínimo de concentración y reflexión, como por ejemplo las preciadas publicaciones científicas, imprescindibles para mantenernos en la carrera científica.

Epílogo: ¡Por fin hemos salido... de paseo!

El 26 de abril, después de 6 semanas de confinamiento, 42 días exactos, los niños pudieron salir de sus casas. Ese día tan esperado estaba también cargado de emociones, dudas sobre el comportamiento de padres y menores, y al mismo tiempo, de mucha esperanza de iniciar la desescalada. Provistos de guantes, mascarillas y tomando la distancia física recomendada, miles de familias salieron a recorrer las calles. Patines y bicicletas fueron los fieles acompañantes de niños y niñas que, para algunos, era la primera vez que salían desde el inicio del encierro.

El primer día que salimos de paseo fue realmente especial, además el parque estaba precioso y realmente disfrutamos de verlo después de días de lluvia y sol. Jan es un niño que necesita ejercicio físico, es pura energía, por eso fue un alivio poder correr más allá del pequeño pasillo de casa. Más adelante, cuando ya se ha podido tener contacto con familiares, he tenido que ceder esos paseos a mi hermano, ya que es la única manera de aprovechar para trabajar, ya sea con el trabajo académico o el trabajo de la casa. Agradezco tener a un familiar que puede ayudarme de este modo, pero me doy cuenta que las obligaciones han llenado completamente mi vida y no hay lugar para el disfrute o el descanso. Siempre alerta, siempre ocupada y preocupada.

Salir ha significado tomar aire, cambiar de escenario por unos momentos y conseguir que Diego se mueva y disfrute de la libertad. La salida diaria desde aquel domingo es “su momento”... por fin él puede ver a otras personas, y hablar con otras tantas, le gusta mucho comprar el pan, saludar a la dependienta y regresar a casa con una galleta. Insisto, es “su momento” porque para nosotros sigue siendo un trabajo más que hacer para su cuidado, él lo necesita y estamos de acuerdo con ello, pero a mí me sigue faltando tiempo.

Es cierto que la esperada salida de los niños ha sido un alivio para muchas familias. Pero todo ello sigue siendo insuficiente, lo demás no ha cambiado, el agobio del encierro continúa, la incompatibilidad entre el tele-trabajo y los cuidados crece cada día y los efectos negativos en las economías de las familias son cada vez más cercanos. Ya no se trata de unas semanas, son más de 60 días de confinamiento, de estrés, de incertidumbre, de trabajo acumulado; y en estas circunstancias la paciencia y la armonía han sobrepasado sus límites en más de una ocasión.

Nuestro modelo de organización del cuidado infantil y trabajo asalariado es erróneo. Necesitamos políticas sociales dirigidas al colectivo infantil y a las familias con menores, políticas que contemplen todo el abanico de formas familiares que existen hoy en día, necesitamos que la lógica del mercado laboral entienda que debe ser compatible con la lógica de la reproducción social, pero también necesitamos asumir que el cuidado de estas personas es responsabilidad de todos, y no solamente de las madres o de las abuelas. Las cifras son claras, en 2018 el 62.6% de las mujeres trabajan a tiempo parcial por cuidado de personas dependientes, frente a un 36.6% de hombres², somos nosotras las que cuidamos más.

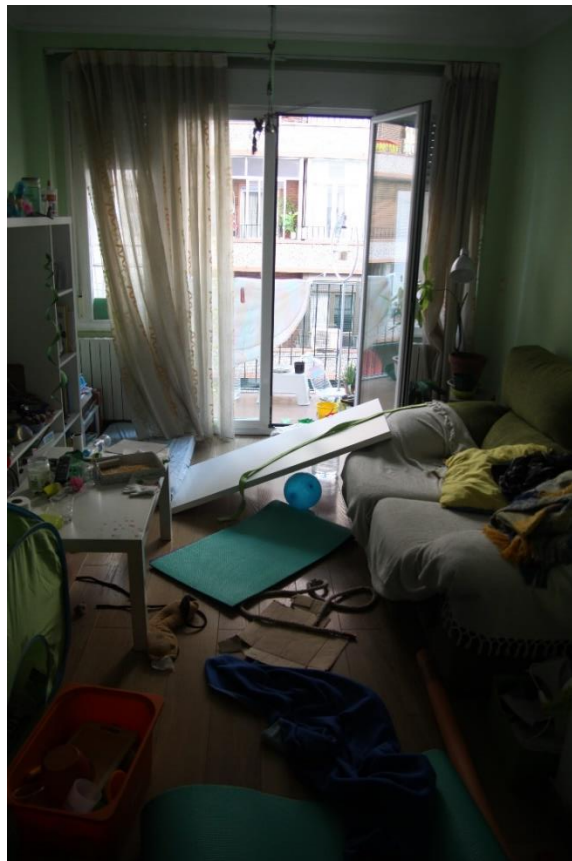


Foto 2. “Después de la diversión toca seguir trabajando”. Autora: Paula González (2020).

² Dato extraído de la publicación periódica del Instituto Nacional de Estadística “Mujeres y hombres en España”.

Desde que han nacido nuestros hijos nuestra identidad se ha reconstruido de la mano de estos pequeños. Somos madres y desde el principio así lo quisimos. Nuestro deseo es pasar tiempo con ellos, ser parte de todos aquellos detalles de su crecimiento, disfrutar de esos momentos, sin agobios, sin incertidumbres, sin estar ahí pensando en los pendientes, ojalá usar lo menos posible la televisión para poder avanzar en todo aquello que es urgente. Y sobre todo, cuidar, criar, atender a estos niños de la mano de un progreso profesional. No queremos elegir entre la maternidad y el trabajo.

Coincidimos que somos más que madres, sin embargo, en estos momentos nuestra identidad de madre lo cubre todo y es demasiado. La sociedad no ha cambiado, siguen estando presentes las grandes contradicciones entre la casa y el trabajo, entre reproducirse y producir, entre ser madre y trabajadora. Esta pandemia ha transformado las dinámicas de nuestros hogares, nos queda esperar que en esa nueva normalidad que se perfila, también transforme el mercado de trabajo y la sociedad en su conjunto.

Referencias

- BLANCO, Mercedes. (2012). “Autoetnografía: una forma narrativa de generación de conocimientos”. In: Andamios, vol.9, n.19: p.49-74.
- BLÁZQUEZ, Maribel; MONTES María. (2010). “Emociones ante la maternidad: de los modelos impuestos a las contestaciones de las mujeres”. In: Ankulegui, Revista de Antropología Social, vol.14: p.81-92
- CHACON, Francisco; BESTARD, Joan. (2011). *Familias. Historia de la sociedad española (del final de la Edad Media a nuestros días)*. Madrid: Cátedra.
- COMAS, Dolors. (2019). Cuidados y derechos: el avance hacia la democratización de los cuidados. In: Cuadernos de Antropología Social, núm.49: p.13-29.
- FAZACKERLEY, Anna. (2020). Women's research plummets during lockdown - but articles from men increase. The Guardian, 12/05/2020. Available at: https://www.theguardian.com/education/2020/may/12/womens-research-plummets-during-lockdown-but-articles-from-men-increase?utm_term=Autofeed&CMP=fb_gu&utm_medium=Social&utm_source=Facebook&fbclid=IwAR1nJWfWsVVIunreAHQkbGrSyfqvoJUwCNAiCiBWvhHeKFDsTCkKWHV154#Echobox=1589411891
- HAYS, Sharon. (1998). *Las contradicciones culturales de la maternidad*. Barcelona: Editorial Paidós.
- MILLS, Maura (Ed). (2015). *Gender and the Work-Family Experience. An intersection of two domains*. New York: Springer.
- MINELLO, Alessandra. (2020). “The pandemic and the female academic”. Nature, April/2020. doi: 10.1038/d41586-020-01135-9
- PAZOS, María. (2015). *Desiguales por ley. Las políticas públicas contra la igualdad de género*. Madrid: Cátedra.
- RUBIN, Gayle. (1986). “El tráfico de mujeres: notas sobre la ‘economía política’ del sexo”. In:

Nueva Antropología, vol.13, núm.30: p.95-145.

sobre las autoras

Ana Lucía Hernández Cordero

Profesora Ayudante Doctora en la Universidad de Zaragoza. Doctora en Antropología de Orientación Pública por la Universidad Autónoma de Madrid, experta en Estudios de Género por El Colegio de México y las migraciones internacionales por la Universidad Autónoma de Madrid.

Paula González Granados

Profesora Ayudante Doctora en la Universidad de Zaragoza. Doctora en Antropología por la Universidad Rovira i Virgili, Master en Antropología Urbana y diplomada en Trabajo Social.

Recibido en 31/05/2020

Fecha de aceptación 18/07/2020